

JUNTO A LA LINEA DE FUEGO

POR SALAS VIU

EN la primera línea de reserva, donde acampa el Batallón de Fortificaciones, la tierra está agujereada por todas partes, llena de boquetes de sombra por los que se entra a las habitaciones que han abierto en ella los soldados. A esta hora, en que todos se levantan y sacuden su jergón a la puerta de su cueva, la colina parece una colmena de barro de esas que en algunos pueblos se cuelgan entre las ramas de los árboles. Varios muchachos bajan hasta el arroyo con un cacharro, para lavarse, por los caminillos que van de puerta en puerta; otros encienden un poco de fuego para calentar sus manos; otros limpian su escudilla y la cuchara para cuando traigan el café.

★

Nada más lavarme me fuí al barrio de Triana, pues esta ciudad subterránea de la colina tiene también sus barrios. Deben llamarle así, sin duda, porque todos los que en él viven son andaluces, la mayoría de Sevilla y Córdoba. Los de un mismo pueblo se buscan y acaban, sin remedio, estando juntos en todas partes, ayudándose a compartir las penalidades de la guerra. El paisanaje sigue siendo el vínculo más fuerte entre los de Fortificaciones, todos hombres de edad madura. Entre los muchachos ha sido sustituido en absoluto por la camaradería; un comunista siempre se siente mucho más unido a otro comunista que a cualquiera con el que de antes no tuviese más que relación de vecindad.

El barrio de Triana es muy limpio. Delante de las bocas de las cuevas la arena está muy bien barrida y se llega a echar de menos en esta mañana de sol el blanco de la cal ribeteándolas. Estos pulcros campe-

sinos andaluces han dado a fuerza de cuidado, a los rotos terrones en que viven, un poco el aspecto de los pueblecillos de la costa en el sur. Es verdaderamente agradable a los ojos—fatigados de tanta hosca piedra, tanta dura encina—ver de pronto surgir en esta tierra un rincón, nada más que un breve rincón, lleno de aquel ambiente. Hay allí un callejón estrecho, en el que frente a frente se aprietan cinco cuevas, que parece una de esas callecitas sin salida de cualquier barrio de Sevilla o Cádiz. No falta una silla de anea en una de las puertas, ni la guitarra apoyada contra ella. Otra de las chabolas tapa su entrada con una cretona encarnada con florecitas blancas que bambolea el aire. Aquí viven tres de Palma del Río.

Cuando descendí del barrio de Triana al de las Latas, que está debajo de él hacia el arroyo, me llamó la atención una cueva tan bien hecha, tan perfilada la especie de cúpula de arena que la cubría, que más bien parecía un puesto de ametralladora de cemento tapado con tierra. Tenía su magnífica puerta de madera, en la que llamé para entrar. Dos andaluces de una misma edad, cuarenta y seis y cuarenta y siete años, viven juntos en ella. Huyeron de Lora cuando la tomó el fascismo, después de luchar cuanto pudieron panza abajo contra los barbechos o amparándose detrás de los olivos con sus escopetas de caza.

Uno de ellos es el tipo del andaluz serio. Apenas habla; se limita a asentir con graves golpes de cabeza a cuanto me cuenta su compañero. Este, que está cosiendo con alambre su petaca, me pone al corriente, detalle por detalle, de todas las peripecias que han pasado los dos hasta unirse al Ejército leal. Lo hace sin prisa, despaciosamente, como quien tiene toda una vida por delante para echarla charlando.

4 octubre, lunes

Otra semana. Empiezan ya a pesar estos días iguales. No se combate; no se oyen sino, más o menos intensos, los tiroteos de siempre en las trincheras cercanas. Hoy, además, llueve. Se siente uno encerrado bajo estas nubes de plomo que tapan, allá al fondo, los picos de la Sierra.

★

